Sistemas electorales, poder y democracia



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

En los últimos años, cada nueva elección que tiene lugar nos depara una sorpresa. La última ha sido Italia, aunque se trataba de una sorpresa anunciada.

¿Qué ha habido de nuevo en las últimas elecciones italianas? Algunos han puesto el acento en la fragmentación electoral y en la ingobernabilidad. Pero, ¿es realmente algo nuevo en Italia?

No han faltado los que ven el principal problema en el sistema electoral italiano. ¿Acaso es el sistema electoral el que genera la fragmentación de voto, o el voto de rechazo, o los problemas de gobernabilidad?

Fetichismos electorales

La inclinación a considerar que los sistemas electorales son los causantes básicos de los problemas de algunas democracias es un exponente de la confusión y falta de rigor que existe en determinados círculos.

Cuando se pone el visor analítico sobre las normativas electorales no solo se está errando el tiro, sino que se crea un *fetiche* en el que proyectar una expiación más propia de una mentalidad primitiva que de un enfoque científico y preciso. Si el problema del funcionamiento de nuestras democracias consistiera solamente, por ejemplo, en establecer "listas abiertas", bastaría con aplicar tal *bálsamo de fierabrás* para que las dificultades quedaran resueltas por ensalmo. Pero, ¿alguien cree sinceramente que el problema consiste en esto? ¿Alguien se ha detenido a realizar un análisis y unas proyecciones para comprobar los efectos que tendría un cambio de tal naturaleza en el panorama electoral español? ¿Alguien se ha molestado en comprobar qué consecuencias tiene este modelo de votación en otros países?

Frente a los que recitan la letanía de "las listas abiertas", a veces se arguye que en España tenemos este sistema en el Senado, y apenas se producen variaciones de voto. Pero, la cuestión no estriba en esto, ya que la posibilidad de que exista una proximidad y un conocimiento más directo de los candidatos, para que los electores puedan tener más confianza y decidir con mayor conocimiento de causa, en realidad forma parte de una lógica político-electoral que está en las antípodas de un pensamiento verdaderamente progresista y grupal y no meramente individual.

La lógica de la representación política

Lo que resulta genuino de una democracia madura es que los ciudadanos puedan elegir entre opciones políticas y programáticas verdaderamente diferenciadas y con capacidad resolutiva efectiva. Es decir, lo que caracteriza a una democracia es que existan alternativas reales frente a situaciones que algunos consideran calamitosas y especialmente nocivas en términos sociales y humanos.

A su vez, lo propio de una democracia bien asentada es que, después de los comicios electorales, el resultado posibilite un gobierno razonablemente seguro y estable, al tiempo que las posiciones que hayan sido minoritarias no desaparezcan prácticamente de los Parlamentos; lo cual dificulta mucho la legítima labor de oposición y vigilancia a través de los cauces institucionales establecidos, con el riesgo de que la voz de la discrepancia solo se escuche en la calle.

La inclinación a considerar que los sistemas electorales son los causantes básicos de los problemas de representación es un exponente de la confusión y falta de rigor que existe en determinados círculos.

Los sistemas mayoritarios, que son los que más responden a la lógica de las listas abiertas y permiten una mayor relación-conocimiento directo entre elector y elegido, son, precisamente, los que conducen en mayor grado a esta desaparición-anulación de aquellas formaciones y candidatos que hayan tenido unos pocos votos menos que los ganadores.

Se supone que los que postulan listas abiertas y candidatos personalizados y conocidos habrán pensando en algunos de estos inconvenientes, ¿no? Por no recordar que lo propio de los planteamientos progresistas es pensar en términos de apoyos a proyectos y no a personas. Es decir, para muchos electores lo más determinante es cuál es el proyecto que se postula para arreglar determinados problemas y carencias, y cuál es el partido que respalda dicho proyecto, y no en qué grado resulta más o menos simpática, agradable o cercana una persona que nos pide que le votemos con su mejor sonrisa *profiden*. Por eso, algunos deberían aclarar desde qué idea de la política realizan sus propuestas de cambio electoral.

Cuando los gobiernos son débiles e inestables y la representación está muy fragmentada, se acaban imponiendo otros poderes e intereses que no han surgido de la legitimidad de las urnas.

La gobernabilidad

Por otro lado, los sistemas electorales basados en criterios de estricta proporcionalidad matemática pueden dar lugar a Parlamentos tan divididos y fragmentados que no sea posible formar ningún tipo de gobierno, y en los que suelen resultar necesarias coaliciones tan complejas e inestables que, al final, lo que predomina es un politiqueo ramplón y un mercadeo tan complicado y, a veces, tan antinatural que casi todos los votantes quedan insatisfechos y frustrados; y los que apoyaron a un partido para llevar a cabo un programa se pueden encontrar con que se acaban haciendo cosas distintas, en mor –según nos dirán– de las "exigencias de la gobernabilidad".

Cuando los gobiernos son débiles e inestables, el resultado es que determinados poderes acaban imponiendo sus intereses –como se está viendo en muchos lugares–, de forma que cualquier criterio de gobernabilidad democrática tiende a ser sustituido por una modalidad mucho más confusa y diluida de "gobernanza", como suelen decir ahora los cursis, con una notable carga de intencionalidad ideológica.

Por lo tanto, hay que tener claro –desde una óptica de coherencia democrática– que la primera exigencia funcional de la representatividad es que el resultado de los procesos de votación conduzcan a la formación de gobiernos estables. Lo contrario no solo genera frustración ciudadana e inestabilidad, sino que abre la vía a que las debilidades políticas resultantes sean aprovechadas por otros poderes no surgidos de las urnas. ¿Tan difícil es entender todo esto?

El principio de mayoría

Cuando en una sociedad no se hace políticamente lo que considera adecuado la mayoría, y cuando prevalecen los criterios e intereses de una minoría, se está incumpliendo el principio básico de la democracia. Este es el problema que existe en muchos lugares en nuestros días.

La complejidad y heterogeneidad de las sociedades actuales no propicia que existan alineamientos políticos y sociológicos tan sencillos y claros como en las sociedades industriales clásicas de hace pocos años, en las que los partidos de raíz obrera, por ejemplo, aglutinaban a amplios sectores de la sociedad. Ahora la opinión pública y los intereses están más diversificados, en contextos culturales e ideológicos más abiertos y plurales. Por lo tanto, la formación de mayorías sociológico-electorales resulta más difícil. Y esta sí que es una cuestión que debería ser considerada en el debate sobre los sistemas electorales.

Las alternativas que pueden plantearse frente a las tendencias de fragmentación sociológico-electoral, y a los correspondientes problemas de gobernabilidad, son diversas y cada una tiene sus ventajas e inconvenientes; pero lo que no existe es una panacea, una solución mágica que pueda dejar satisfechos a todos, como postulan los apóstoles de la nueva buena de las "listas abiertas".

De hecho, las listas abiertas pueden propiciar una mayor fragmentación y debilidad de la *política* frente a otros poderes. De ahí los intereses que concurren en este debate y que, lejos de aclararlo, tienden a empañarlo y plantearlo en términos apriorísticos y cuasi-mágicos.

Con listas abiertas o sin ellas, el problema de fondo hoy en día es el profundo malestar ciudadano que se está gestando a partir de la catastrófica evolución económica, laboral y social. La realidad es que la gran mayoría de la población está en contra de la política económica oficial que se está siguiendo en Europa y ya está harta de tanto incumplimiento electoral.

Lo más paradójico de las elecciones italianas ha sido el rechazo ciudadano al paradigma de engaño-si-

mulación que ha supuesto Monti. Un candidato –respetable en lo personal y valioso en lo intelectual– que se impuso al pueblo italiano por poderes externos y que se presentaba, pero no se presentaba, en un remedo de operación política continuista bastante confusa y opaca. Por eso, una parte del voto de Berlusconi y de Grillo debe interpretarse como un voto indirecto de castigo. Como un sonoro NO de quienes no están dispuestos a tragar con lo que está ocurriendo. Se trata de electores indignados, de clases medias y trabajadoras, que hoy votan a Grillo o a Berlusconi, pero que mañana pueden votar a un neofascista confeso o a un líder radical que enarbole la bandera del rechazo y de la reivindicación de los criterios de la mayoría.

Los problemas de la democracia

El problema de fondo actual es un problema de funcionalidad de la democracia, un problema que no se va a solucionar ni con un poco de magia o de fetichismo barato, ni con un simple brochazo. Menos aun con fantasmagoría demagógica.

La solución tiene que venir de la mano de una autentificación de fondo de los procesos democráticos, que exige actuar –no solo legislar– en múltiples planos. Y, sobre todo, que exige escuchar y atender lo que piensan los ciudadanos. Sin improvisaciones, ni experimentalismos.

Los ciudadanos quieren más participación, más y mejores debates y más honradez y transparencia, mientras que solo un 2% reclama listas abiertas.

Mientras no tengan lugar debates serios sobre estas cuestiones, las encuestas sociológicas rigurosas permiten conocer qué piensa la opinión pública. Así, en las cuatro amplias Encuestas sobre *democracia* que ha realizado el GETS en los últimos años dos cosas quedan claras: por un lado, que estamos ante un proceso de pérdida progresiva de confianza en las principales instituciones políticas, desde los partidos y los sindicatos hasta el Parlamento, pasando por los medios de comunicación social. Y, por otro lado, que los ciudadanos reclaman diversas medidas para mejorar la calidad de la democracia.

Entre las medidas que los ciudadanos demandan están, en primer lugar, las que se relacionan con los procesos de participación e implicación directa, con nuevos



enfoques y procedimientos decisorios, referéndums, participación sectorial, más debates políticos, etc. En segundo lugar, se piden garantías de honradez, transparencia y veracidad en la representación. Y, en tercer lugar, se reclaman aquellas condiciones de equidad y de igualdad social y de oportunidades que deben estar en la base de una democracia más completa (ciudadanía social).

Llama la atención que entre todas las medidas apuntadas por los ciudadanos, a través de preguntas abiertas, la famosa idea de las listas abiertas solo haya sido propuesta en las cuatro Encuestas realizadas por una exigua proporción del 2% o el 3%. ¡Y eso no será porque no se insiste en esta cuestión! ¿Cómo se explica, pues, que el olfato del ciudadano medio apunte tan poco en esta dirección?

En unas recientes Jornadas organizadas en el Congreso español por la Asociación de ex Diputados y ex Senadores, un veterano político español, reputado experto en materias electorales, manifestaba su perplejidad ante el curso de determinados debates sobre estas cuestiones, sin entender cómo era posible que casi todo el mundo repitiera el mismo *mantra* de las listas abiertas, sin entender que los sistemas electorales por sí mismos no producen efectos políticos –o al menos no producen siempre efectos políticos positivos–. Este parlamentario –Alfonso Guerra– recordaba que para ganar elecciones, o para tener una buena representación, lo fundamental es tener suficientes votos y que, por lo tanto, no se deben transferir responsabilidades a leyes que solo tienen un carácter instrumental.

Y para tener votos, sobre todo en épocas de incertidumbre e inestabilidad, lo más importante es tener ideas claras, pensar en términos de soluciones, ser capaz de sintonizar con lo que prefieren y necesitan amplios sectores sociales y defender los criterios propios de manera clara. Es decir, Política (con mayúsculas) en estado puro. **TEMAS**